

El trabajo de Lacarra, como todos los suyos, está construido sobre una sólida base documental y las noticias que nos da han de ser definitivas. Por ello sentimos más que haya reducido sus alcances al de una contribución al estudio del tema; o acaso sean estas páginas el anticipo de una investigación integral sobre el municipio medieval en Navarra.

GUILLERMO L. GUITARTE

LORENZO RIBER: *Marco Valerio Marcial*. Madrid 1941 — Espasa Calpe.

Vir Celtiberis non tacende gentibus
nostraeque laus Hispaniae

En torno a este pensamiento estudia el autor en quince armoniosos capítulos, la personalidad del poeta de Bilibis, desde el momento en que llega a la Roma Neroniana sin más caudal que su ingenio.

Ya en el primer capítulo hace resaltar el carácter sórdido y salado de Marcial; contrapesándolo con expresiones que disculpan tales rasgos, al apuntar que sabía también ser puro como un rayo de sol. A este carácter fundamental se añade otro que es, en razón de la importancia que reviste, subrayado por Riber: su *españolismo*. El le hace cantar las glorias de Bilibis, del Jalón que la circunda y de España toda, pedestal en que se sienta la gloria verdadera de Marco Valerio Marcial.

El poeta de las ingeniosas observaciones sobre la vida romana llega a la capital del orbe, no para subastar su elocuencia ni para vender inciensos humanos sino, y ello está indicado desde el segundo capítulo de la obra, para ser el cronista de los pequeños hechos de la vida cotidiana de la Ciudad de los Césares.

Conquistó la fama, que siempre le subyugó, con su primera obra por él titulada: "De spectaculis". Describe en ella la inauguración del Circo, y de esta manera se granjeó el favor público y el de los Emperadores. Corresponde a la época en que reniega de sus "litterulas" y envidia la fortuna del zapatero, que ganaba para vivir con su lezna más que él con su cultura. Renegó de ésta pero no de su Celtiberismo:

... Sí, cantemos
A Bilibis, famoso por su rico
Metal temible, que es más excelente
Que el del país de Nóricos y Cálibes...

Así dirá en expresión de sinceridad espontánea, propia de su muy latino corazón, en Epigramas: IV, 55.

Tomó sus asuntos y sus temas, nos dice Lorenzo Riber en el capítulo 3.º de la obra que nos ocupa, de los menudos sucesos de la sociedad romana y de la vida diaria del romano ocioso y mundano que declaraba:

"ni quiero lo que atormenta
ni quiero lo que fastidia"

Fustiga a los plagiarios que unen sus producciones a la suya:

"aunque uno de tus pies fuese ligero como el de Leda,
ridículo correrás teniendo el otro de palo". Epigrama X 100.

Zumbón dirige su dardo, "a la abeja semejante", contra los abogados que huyen de sus temas; y en epigrama chispeante de sátira VI, 19 toma por blanco de sus pullas a Póstumo, que de todo habla y al que apostrofa así: "¿cuándo, Póstumo, hablarás de mis tres cabras?".

No escribe para todo público: "me raris juvat auribus placere". Conoce el mundo intelectual de su tiempo y no puede admitir que existan en él las mujeres "letreras", y las ridiculiza por ello aunque no tan severamente cual lo hiciera Juvenal (Cap. 3.º). Por su obra se ven desfilar todos los tipos del ambiente en que vive, azuzados diríamos, por la musa un tanto ácida del bilbilitano: los cenípetos, Paulo el plagiario, Mamerto el maldiciente, Sexto el poeta hermético en su gramatismo, y la vieja enamoradiza, Plocia, descrita por él con la generosidad del que comprende las humanas debilidades y reflejada más tarde por el espíritu sarcástico de un Quevedo con fuertes rasgos.

Perfila tipos y psicologías, y con ese elemento vivo Marcial elabora uno y otro epigrama; los Cotilos, los Cándidos, la dama romana empeñada en tornarse griega y sus "atormentantes", valga la expresión, maestros de escuela. Esos detalles y rasgos nos permiten atisbar, en su faceta interna, el prisma histórico de Roma. Espíritu ágil, festivo y mordaz, en su luz interior ilumina esta sociología del detalle, que es la obra de Marcial.

Toda la actividad social es estudiada por la mente incisoria del celtíbero, hasta los oficios más humildes: como el de los fígaros de la Roma Imperial, cuya fama era tal que hasta los chivos se volvían cuerdos al dejarse las barbas, por el terror que les inspiraba la peluquería de Antíoco.

Podría suponerse que en su personalidad burlesca no había cabida para los nobles sentimientos, pues revela, a primera vista, una super-

ficialidad que no sabe de galanterías y delicadezas. Empero su ternura se desborda ante el dolor que le causa la muerte de una niña, y conmovido escribe.

"no le seas tú pesada, loh tierra!
porque ella para ti ligera ha sido".

Visión de eternidad, piadosa y plena de esperanzas, en los ojos de un pagano.

El autor de quemantes epigramas adquiere las dulzuras de un Tibulo frente a las angustias del alma y a los pesares del corazón, contra los que se previene adoptando una posición filosófica equilibrada:

"Quidquid amas, cupias non placuisse nimis".

Ciertamente, estas delicadezas no hacen olvidar sus obscenidades, como las que se hallan en los versos que dedicara a Diadumeno, a quien mejor fuera, dice, llamar Diadumena.

El estímulo, dado por el rival que impulsa a superación, lo encuentra Marcial en el romano Statio; y nuestro autor gusta de hacer resaltar esas rivalidades para mostrar cómo, en su poeta, nada hay de pesado ni solemne. Por el contrario en él todo es exacto, concreto y preciso, pleno de gracia y sal como expresión ardiente y alegre del alma hispana.

Nada hay en Marcial, para Lorenzo Riber, que no tenga disculpa, nada pone sombra al brillo del "poeta de lo pequeño", como podemos llamar a la gloria de BÍlbilis. Su rastrera adulación, su bajeza para conseguir de los grandes unas migajas con que alimentarse, son justificadas; ya que querer vivir de los versos en Roma era pretensión semejante a las de peinar el aire y arar el mar (cap. 8.º).

Es a los avaros a los que dirige el poeta los dardos más agudos de su carcaj. Si uno de ellos le invita en rica vajilla con comida tasada, le dedica Marcial estas palabras.:

De Varo fuf convidado
y el adorno era opulento;
mas para un huésped hambriento
había poco guisado".

El inspirado mendicante se hizo acreedor al severo juicio de Lord Macaulay, quien puso de relieve la venalidad de un hombre que olvidaba su dignidad de caballero romano.

En los capítulos posteriores de Riber, en el 11 por ejemplo, seguimos en contacto con la musa desenvuelta del bilbilitano, con su mente hasta filosófica que busca sólidas conclusiones para basar ideas directrices: "ininus gaudent qui timuere nihil".

Paradójicamente, hay finuras del pensamiento humano en los epigramas de Marco Valerio. Tales como el rocío en los pétalos de la rosa, el trinar del ave, así sencillamente, así maravillosamente. Expresiones de sensibilidad exquisita en quien fué calificado receptáculo de las imundicias romanas; crítica acerba que el poeta pareciera querer refutar con anterioridad de siglos al escribir:

"Intactas quare mittis mihi, Polla, coronas?
A te vexatas malo tenere rosas".

Y así unas veces agrio, otras suave hasta la sensualidad, burlón siempre, asistimos a la popularidad que alcanza el feliz autor de los epigramas. Que él mismo pregonaba cuando afirma que Bretaña tararea sus versos y que en Viena, la hermosa, está en manos del joven y del anciano, de la dama y la doncella; que sus obras eran incluídas en las austeras aerumnas de los militares deseosos de añorar a distancia la patria lejana. Sabía que su fama se extendía por el orbe y que se extendería en la historia, mas a él: "Quid prodest? Nescit sacculus ista meus".

Después de esa visión de conjunto de la obra epigramática expresada en los doce libros y en los menos dignos de su estro, los Xenias y Apophoretas, Lorenzo Riber en los dos últimos capítulos nos habla de las ediciones que han alcanzado las obras del poeta y de su regreso y muerte a su querida Bilibilis, a orillas del Jalón.

Y Riber termina su trabajo, siempre escrito en prosa elegante y erudita, refiriendo el apacible fin de Marcial en compañía de la mujer que fué su todo, en el rincón aragonés que él exaltó y ha inmortalizado y que sin embargo, no ensalzó su gloria.

Nada le interesa en sus días postreros, ni las hazas de tierra sembrada que tuvo Virgilio, ni el campo, el bosque y la fuente llorando risa que pidió Horacio; al minucioso cronista de la vida romana le basta el dominio rústico de su Marcela.

Tal es la obra del académico español que muestra manifiesta tendencia a disimular, sutilmente, las procacidades de quien no reconoció en su cinismo límite alguno y mereció, pese a ello, el comentario valorativo de Menéndez y Pelayo: "Bastan cierta honradez nativa y

serenidad y templanza en los deseos, no para absolverlo sino para mirar con menos enfado aquella sección demasiado voluminosa de sus obras, donde su descompuesta musa hizo resonar con tanta algazara los crótalos de Tarseo".

ROSA JULIA LADOUX

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *¿Una crónica asturiana perdida?* (Aparte de la Revista de Filología Hispánica, Año VII Núm. 3) Buenos Aires, 1945.

De nuevo nos enfrenta Sánchez-Albornoz —infatigable esclarecedor de difíciles problemas historiográficos— con las más antiguas crónicas de la reconquista asturiana¹. Esta vez, al estudiar las relaciones entre las viejas crónicas, postula como muy probable la existencia de una común fuente latina en que debieron abreviar su información el monje de Albelda, Alfonso III y el moro "Rasis", fuente éste a su vez de Ibn-al-Atir.

Su análisis presenta, con una previa referencia a los términos del problema, las conclusiones que en estudios de tema coincidente ofrecieron García Villada, Tailhan, Barrau-Dihigo y, en nota confirmadora de su propio enfoque, la publicación de la llamada *Crónica Profética* por su editor Gómez Moreno. Reproduce sus conclusiones de 1932 sobre las relaciones entre las crónicas citadas y el viejo texto rotense, y expone las razones de estilo y contenido así como los fundamentos cronológicos que basan sus afirmaciones.

Plantea como tema de estudio, la posible relación de dependencia entre la crónica regia y la del monje, o el probable origen de ambas en una fuente común.

Sánchez-Albornoz declara su simpatía por esta solución que la detallada confrontación de los textos abona y las noticias del Kāmil fi-l-Ta'rij de Ibn-al-Atir sobre los reyes asturianos refuerzan notablemente.

En efecto, las notas que apostillan la monografía ofrecen aquellas partes de los textos respectivos que documentan tal suposición. Y, en seguida, para confirmar tales indicios, la reseña de las afirmaciones del historiador árabe sobre la cronología de los reyes asturianos, permite a Sánchez-Albornoz entrar en la muy probable presunción de que el moro

¹ Tema que ya trató con detención en *La redacción original de la Crónica de Alfonso III, Spanische Forschungen der Görresgesellschaft. Gesammelte Aufsätze* 1930, II, págs. 47-66 y *La Crónica de Albelda y la de Alfonso III, BHi* 1930, XXXII, págs. 305-325.